

¡BRILLANTES
ELASTICOS!

CREMAS
PARA
CALZADO

Búfalo

MARCAN SUS PASOS

ITFOSA



Cremas para el calzado **BUFALO** dan a sus zapatos un brillo deslumbrante y duradero. Su acción suavizante flexibiliza y conserva el cuero. Prolongan la vida de su calzado y le dan constante aspecto de nuevo.

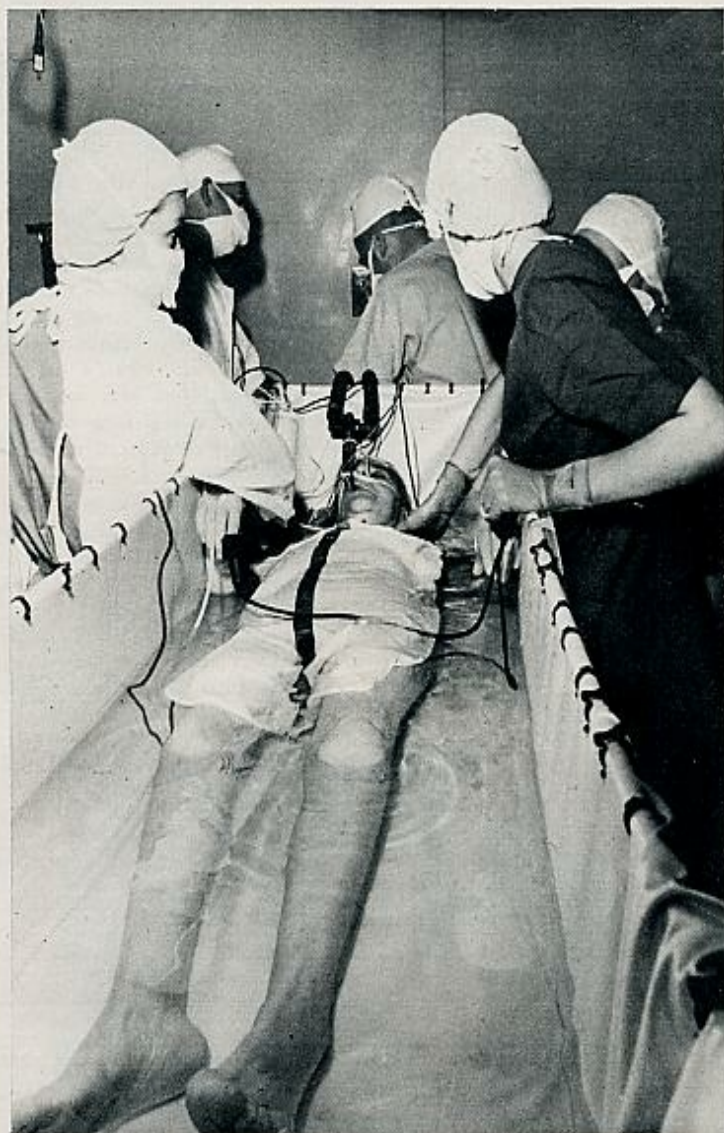


Es Búfalo

son productos amparados por
el prestigio internacional de

Búfalo

PRIMERA MARCA ESPAÑOLA, PRIMERA POTENCIA EN EL BRILLO



La congelación se está empleando en el Real Hospital de Londres para suprimir ciertos procesos del cáncer (véase TRIUNFO, número 249). En la foto, un paciente al que se va a someter a esta práctica en una bañera de lona impermeable.

EL profesor James H. Bedford, de Glendale, California tenía cáncer y sabía que iba a morir. A pesar de su edad (setenta años) no consideraba la muerte como una fatalidad natural. «Los hombres —solía decir— no mueren porque sean mortales, sino: primero, porque la ciencia no está lo suficientemente adelantada como para hacer a los hombres inmortales y, segundo, porque la cancerología no permite todavía curar el cáncer».

De esta forma, partiendo del principio según el cual toda muerte es accidental y se muere uno, en el fondo, porque se ha nacido demasiado pronto —diez, veinte, cincuenta años antes—, el profesor Bedford se lanzó a la búsqueda del medio de «durar» hasta la época en que la ciencia haya vencido el cáncer o la «gerontología» haya aumentado la longevidad del hombre.

Este medio de «durar» le fue ofrecido al profesor Bedford por la Sociedad para la Prolongación de la Vida, con sede en Washington y cuyo número de socios asciende a setecientos. Esta Sociedad propone a los mortales que congelen sus cadáveres una vez que la vida ha huido de ellos para, de esta forma, preservar sus cuerpos hasta el día en que puedan ser resucitados y su enfermedad curada.

un termo

Así, el mes pasado, cuando el profesor Bedford expiró, a la edad de setenta y tres años, un grupo de hombres se puso inmediatamente al trabajo, bajo la dirección del doctor Able. Durante ocho horas, acumularon gran cantidad de hielo sobre el cadáver. Mientras duraba esta operación, un corazón mecánico y un pulmón artifi-

cial aseguraron la circulación de la sangre. Posteriormente, ésta fue sustituida por heparina y líquidos anticongelantes. Después, el cadáver congelado fue llevado en avión a Phoenix (Arizona), donde un fabricante de pelucas llamado Hope tenía preparada una cápsula, construida según el principio de las botellas termos, donde el cuerpo del doctor Bedford esperaría tranquilamente la llegada de mejores tiempos, a la temperatura del nitrógeno líquido, es decir, a 196 grados bajo cero.

Todo candidato a la inmortalidad puede inscribirse en la Sociedad para la Prolongación de la Vida con sólo pagar una cotización anual de unas 120 pesetas. Si, además, desea que su cadáver sea congelado con nitrógeno líquido, es suficiente con expresar este deseo en el testamento, asignando unas 600.000 pesetas a este fin. Esta suma cubrirá las operaciones necesarias y el mantenimiento de la cápsula durante un tiempo indefinido. La Sociedad para la Prolongación de la Vida no tiene un fin lucrativo.

Este hecho explica que entre los adversarios más acérrimos de la congelación, se encuentren —además de los teólogos y los hombres de ciencia— los

LA ETERNIDAD EN LA NEVERA

LA ETERNIDAD POR 600.000 PESETAS A LA TEMPERATURA DEL NITROGENO LIQUIDO

empresarios americanos de pompas fúnebres, a los que el fabricante de pelucas de Phoenix hace una competencia desleal. Realmente, 600.000 pesetas por ser conservado indefinidamente a 196 grados y, además, la esperanza (por otra parte no fundada) de una posible resurrección, no es mucho más caro que hacerse enterrar en los Estados Unidos, sin esperanza de resurrección, en un agujero ce-

rrado con una piedra, hasta el fin de los tiempos.

un nuevo rito

Aparte la relativa modestia de su precio, la congelación de los cadáveres no presenta ninguna ventaja seria para su beneficiario. Sólo los microorganismos muy duros pueden, en efecto, ser conservados a una temperatura muy baja para ser,

posteriormente, devueltos a la vida por medio del calor. Ningún órgano del cuerpo humano resiste a esta operación. Es posible preservar por medio del frío los glóbulos rojos, el espermatozoide, la córnea, la médula y la epidermis, pero nunca los riñones, los pulmones, el corazón y, sobre todo, el cerebro.

Los órganos del cuerpo humano que se encuentran normalmente irrigados por la sangre sufren daños irreparables por efecto de la congelación: las enzimas son destruidas; el líquido que, normalmente, circula en las células se descompone; los vasos capilares son dañados por los cristales de hielo. En una palabra, la conservación de un cuerpo es irrealizable y lo seguirá siendo durante mucho tiempo.

De esta forma, la congelación de los cadáveres, cuyo principal propagandista es Robert Etinger —que enseña física en un colegio de Michigan—, se ha convertido, por lo tanto, en el rito de una nueva religión científica y no precisamente una empresa científicamente fundada. La aparición de este rito, en los Estados Unidos, demuestra solamente que el rechazo de la muerte, en vez de buscar un fundamento en la metafísica, intenta encontrarlo en la ciencia y que ésta no inmuniza, ni tan siquiera en quienes la enseñan, contra la fe en el milagro.

JEAN DURR

(Fotos: CIFA y ARCHIVO)

El doctor Bedford no considera la muerte como inevitable. Pensaba que si la gente moría era porque la ciencia no estaba lo suficientemente adelantada. Cuando él falleció hizo que su cadáver fuese congelado hasta el día que fuese descubierto un medio para curar el cáncer, que fue el mal que le costó la vida. En la fotografía, un ensayo de congelación de un cadáver.